



¿QUÉ HACE MALVERDE AQUÍ?

por Francisco Forrest Maldonado

Desde que dejé de chambear en el negocio, hace ya año y medio, esta es la segunda hora feliz, con amigos de mi esposa, a la que he ido. Viernes en la tarde. La hora clave. “Let’s do happy hour” era una expresión que yo no usaba.

Porque para el que está en el negocio del que hablo, uno trabaja la hora feliz. Me decía un chef, “...you have to be here *especially* when other people are done with their weeks, their work, and this is your work to be here for them...” Jonás el mesero, el Maestro

Limpio (porque se rasura la cabeza a diario y solía tener dos aretitos de oro), le dice la “grumpy hour”. *Grompy auer*, en su acento sueco. Mr. Clean.

Y vamos terminando la hora feliz, la Gail y yo entusiasmados porque vamos a pachangear un rato y la niña está en casa de una amiga hasta mañana en la mañana.

We caught a light buzz and she says she wants to go to a new wine bar on the east side that used to be Angie’s restaurant. And then I think of Black John, who isn’t black but gay, young and trim and vibrant and how he’s working at a new joint. “Let’s just go check it out.” And so we weave through Friday night traffic on our bikes across downtown and come to the new upscale AMLI tower on 2nd and Guadaloop, caddy corner from the back of City Hall in the new urban district. *...this looks like downtown denver...this looks like downtown vancouver...* Clean brilliant sidewalks in the dusk. Sports gear, smoothies, wine bars and tapas, new buildings and old, t-shirt boutiques, gelato, scooters, a needle-point and taxidermy shop—that sells furniture, design, ideas, paintings, wine—real estate, ballets and public television, espresso and breakfast tacos, galleries and pizza shops and sandwich shops and parking garages, all in clean concrete, thick and varied glass, copper sheeting, brick, limestone, succulents in gravel and wild grasses in concrete planters, benches backed to infant trees still wired to rods, bike racks three quarters full with street bikes, bikes that were for mountain or road but now are city bikes, fixed gear bikes with flashy rims. Austin changes.

Mi vida es otra.

So there, nestled on the lower two floors of the southeast corner of the tower's parking garage is the joint, tables and planters and people drinking, eating, smoking, spilling out onto the sidewalk. Inside is dark and busy, typical Mexican decor but framed in the ultra hip and camp, in bright paint.

Se llama La Condesa.

The bar is on a split level up to the right, across from the host stand at the entrance, a balcony looks from four or five feet up over the foot traffic on Guadalupe. I recognize a hostess but never knew her name. The place is crowded and we don't feel like waiting at the bar.

Okay we'll be back.

Y salimos a la calle, aunque la frontera entre la puerta abierta y la calle no es del todo segura, y me fijo al salir, entre el diseño de piedra y cristal, que hay unas escaleras de concreto pintadas verde mexicano que suben como seis escalones y siguen a la derecha hacia arriba, hacia la penumbra del segundo piso. Un barandal minimalista. Dos sillas de cantina bloqueando el paso.

We walk a few blocks to the Music Hall and the 360 needle killing time. There's a wine bar and another bar. We walk back. I ask the hostess if Black John is working, if A Brown is working.

Ella me dice que John trabaja de día y que La Brown trabaja arriba, pero que no abren hasta las nueve y apenas son las ocho y le pregunto "up stairs?" y ella que sí y volteo a la barra del restaurant que efectivamente se llega subiendo como seis o siete escalones y que está repleto de gente, "no, well not *that* upstairs...the bar, the club, upstairs, we have dj's and drinks" y nos reímos todos. Y salimos a la banqueta a contemplar qué hacer porque son las ocho y sólo queremos ver el nuevo changarro de La Brown.

Y allí lo veo, el letrero en la pared de concreto, minimalista también, cristal opaco iluminado desde atrás con neón verde, las letras en un tipo que parece fue esculpido de una vara de madera, en bloque, y apenas inteligibles las letras...la eme no parecía eme...

Así que vuelvo adentro y veo a la hermana de La Brown que está también de anfitriona y la saludo de prisa para no tener que recordar su nombre y le pregunto...pero no le pregunto "does that say malverde?", no le pregunto "is that malverde?" porque casi no lo puedo creer que esté allí malverde la palabra...sino que le pregunto rápido "what does that say?" incrédulo.

"Mahlvurdee" me responde.

"That's what I thought."

"Bad green."

“I know who Malverde is...”

Why not? One of bad green. One what? they asked. We’ll see. It’s a story, like urban legends, this is one of them. But why bad green? We’ll see. When you approach a text in another language you have to open yourself to all possible meanings, follow the lines of the cognates between the languages.

“Our robber saint” dice la pelirroja bonita y acaricia la figurita de Malverde sobre el estrado de las anfitrionas, el santo sentado y entre las piernas una veladora, todo nuevecito, el bigotito negro y el paliacate rojo en matices lustrosos y detallados. La segunda imagen que veo del ánima, luego de un llavero. Me dice que un DJ va a venir a tocar discos tarde, luego de su show en Antone’s.

“That’s what it’s called, huh? Malverde. We’ll be back in a while.”

“Come back. Andrea’ll be there.”

Y estamos indecisos, vacilando afuera para ver qué hacemos, y desde el rellano de las escaleras verdes me saluda un guatemalo de los que conocía de antes, ¡Quíhubo Francisco! me dice, y está vestido de negro con una camiseta negra que tiene trazado en blanco las líneas de un paliacate inexistente sobre el cuello, ¿Qué tal Julián? ¿y Vicente? Ya regresó, Sí, me habló y me contó cuando llegó, todo salió bien y ya está de vuelta ¿Sigue usted en la universidad?, Sí, ahí ando ocupado, ¿y tú?, Aquí de bus boy y trabajo arriba también, ¿Y qué tal? No, pues acaba de abrir el lunes arriba, y el restorán tiene como dos semanas, Se pone harto de gente ¿no?, Usted ve, ¿Y la comida? No, pos bien, Sí, ¿verdá? veintiséis dolores por un pinche plato de barbacoa ¿qué chingaderas son esas, no? tiene que estar buena, Ahí está la lana, Y la propina, le respondo, ¿está Andrea? Sí, ahí anda arriba, pásele si quiere. Y pum pasamos debajo del barandal subiendo la caja de la escalera que corre detrás de las anfitrionas entre un tipo de cristal que si lo ves de frente logras ver el comedor abajo, y de lado se torna opaco. Arriba, la caja se abre hacia la izquierda a un cuarto largo que corre paralelo. Las escaleras terminan en una pared alta, detrás de la cual continúa, por la misma línea, la barra.

Las ventanas son altas como el techo a lo largo del cuarto viendo al sur, se ve City Hall, Town Lake, luces y noche urbana, al este hay puertas de vidrio cerradas que dan a otro balcón. Hay cocteleras y cantineros preparándose para el negocio de la noche junto a la barra que sigue la línea de las escaleras hacia el oeste, sofás nuevecitos de cuero, a ambos lados del largo cuarto, el tornamesa de los deejays está al fondo oeste y entre éste y la barra un pasillo que brilla rojizo.

Vemos a La Brown y está un poco nerviosa porque no abren todavía y van a comenzar la reunión, le digo que no se preocupe, que nomás queríamos ver el lugar, ella me dice que regrese a las nueve. Sí, no hay cuidado. Nos asomamos a las ventanas, al balcón y a la vista del centro, a las calles relucientes. Regresamos al rato, le dije, y bajamos por las escaleras de nuevo.

Cuando volvimos había en el rellano dos jovencitas de negro y un muchacho flaquito que nos pidió las licencias y subimos, ahora sí las cocteleras moviéndose, los cantineros ocupados, unas cuantas gentes bien-vestidas, mi deejay favorito, las puertas de vidrio abiertas, en el balcón varias mesas llenas de gente, todo diseño, cubos de metal colgados del techo con trepadoras y matas colgantes, una pared de esas que está hecha de cubos hidropónicos para criar plantas decorativas—a living wall or green wall—le dicen.

Vemos a La Brown junto a la barra y carga con una réplica de lo que parece ser una beretta, hecha de vidrio y llena de tequila. Le cuento una de malverde...

...Oh...she used to be a prostitute!...that's the thing...she was rubbing the coin she stole from the chapel when she decided to run the checkpoint in the dodge shadow loaded with drugs on the way to the border...and it was so late and the cops so unprepared that when she picked up her husband outside of Tijuana they only counted a couple of bullet holes on the car...and that's *why* she felt obliged to serenade the saint at the chapel with a band every night at three in the morning...

Pedimos unos bloody marys, “Have you seen the altar?” Nos lleva la Brown al pasillo, un estante alto con platos, veladoras, suertes, un frasco lleno de frasquitos vacíos y sé que habían tenido cocaína y el guiño que me da Andrea me lo confirma, cartas de tarot, un retrato de Malverde pareciéndose a Jesucristo con una barba bien estilizada como de Vanilla Ice, enmarcado en madera y balas viejas a lo largo y ancho del marco apuntándonos todas. En neón rojo “Dame tu dinero”. Los dueños son dos cuates de Boston y de Nueva York que tienen discotecas y cantinas allá, pero querían abrir un restorán. El chef es de San Antonio.

She chuckles earnestly when I tell her that I'm taking a class on narco-trafficking novels, “No shit!”

Nos sentamos en uno de los sofás que huelen a cuero. La mesita tiene una veladora de San Judas Tadeo. La coctelera nos trae la lista de bebidas. Creaciones alcohólicas con diversos ingredientes. Nada tiene precio. No venden Cerveza Malverde.

DJ Mel is spinning some soul and some funk, obscure shit, a mesmerizing woman's voice scratchy on the vinyl sings riders on the storm, we watch people coming up the stairs, on the stairwell wall are silkscreened pieces in bright blacks, reds, blues, on white backgrounds and framed: free raspas, tu eres mi baby doll, amor soup, ¡99¢! Here begins the weekend ritual played out all year long in new and old bars all over town, pricey drinks and a scene not so much for college students but for the hip and aging crowd, software office folks, real estate dealers, developers, contractors, business men and women, lobbyists, bankers, doctors and lawyers, gallery owners and hair-dressers, venture capitalists, restaurateurs, personal trainers, surgeons, artists and musicians and dealers that come out on weekends to be in the scene, to be seen, to drink and dance and score blow from their buddy the bartender or exchange a drink for a key bump, to party, to wear striped shirts that show off their sculpted arms, tight dresses to show off

their boob job, to valet the beemer and to get in to clubs with a dress code, the vast machine of packaged carnivalesque that goes along with weekends golfing or on the lake transversing the vaster machine of normalcy and capitalist generation.

Y no es que sea yo un angelito, si de ese mundo me nutrí por años, de la lana que nos caía tan fácil, y la pachanga, y no es que yo no aprecie de vez en cuando entre todos los tragos y los toques y los pericazos y las pastillas que se tragan a diario aquí, todo lo legal y lo ilegal, uno que otro que haya tenido sentido, que me haya vislumbrado un mundo que no conocía, que me haya conectado por medio del rito de la ilegalidad a un otro, algún banquero o lavaplatos, algún magnate o artista...pero aquí esas leyes no cuentan, aquí todos le entran y nadie lo dice...eso es lo que pienso en el baño. La mesa del lavabo tiene incrustadas monedas de a peso con la cara de Morelos. Un cuate medio calvo, con polo de rayas, jeans, sale del escusado limpiándose la nariz. Y no es que yo quiera apoyar el pinche discurso oficial...pero cómo genera modelos de consumo este país: hay raza matándose del otro lado, a cuatro horas de aquí por carretera, pero aquí como si nada. Nadie lo habla.

¿Qué chingados hace Malverde en Austin?

La lista de bebidas anuncia que venden ginebra, ron, tequila, whisky, y vodka por botella, como en México. El cúbico es un trago hecho con tequila reposado en tabaco, vainilla, limón, jugo de piña asada, mezcal, y sal cocida con azafrán. Nos cuesta el equivalente a casi doscientos pesos.

Cuando nos vamos me vuelo el menú. Pienso que a menos de que se termine el mundo, le va a ir bien a la cantina ésta. Probablemente no va a haber balacera. En la banquetta, viendo las torres alzándose a nuestro alrededor registro las líneas de ironía que se escapan entre las luces del tráfico y las que regresan para nutrir el producto empaquetado de una realidad de la que nadie habla y que se conjuga, entre muchas otras cosas, con el éxito del negocio marginal de la hospitalidad.

Nos montamos a nuestras máquinas sencillas y escapamos del tráfico del centro hacia la casa, hacia la cama, antes de la media noche. Pedaleando hacia el este nos retiene un vientazo, como si fuéramos de subida, pero andando con la Gail no me molesta el viento. Es lo que más extraño de ser joven, pasearme con la Gail en las noches. La luna nos alumbra el paso y ella me habla y me habla...